

**H**UBIERA sido imperdonable que Alcázar, aldeaño de la Puerta de Atocha, unido a ella por el cordón umbilical del carril y recibiendo desde allí, por la caja de la vía, oleadas constantes de modernización, no celebrara verbenas a estilo madrileño.

Ya es sorprendente que no las haya celebrado desde que existen y por lo menos cada año, pero alguna vez tenía que ser y por el año 29, Simón el Peluquero y D. Miguel Aparicio, con sus respectivas esposas, que no hay que dejar a un lado, organizaron una, brillantísima, en la calle Resa, cuyas guirnaldas y cadenas se ven en la fotografía adjunta, hecha a esas horas en que las verbenas decoloran y ajan sus adornos al sol, mientras se reponen en la soledad del día de las agitaciones nocturnas.

La idea de Aparicio y Simón tuvo buena acogida en la vecindad, donde había personalidades tan sobresalientes como la Pantoja, que cuando sacaba el pecho por algo abría calle. Y la Fernanda Elías, que no había que comérsela de vista. Y las dos hicieron flores, como las demás vecinas de la calle, adornos y farolillos, transmitiéndose el entusiasmo.

D.<sup>a</sup> Margarita y la Crisanta, con sus familiares, hicieron aquella lámpara que se puso en las esquinas de Tapia con tres mil flores de azafrán.

Los balcones se engalanaron con abanicos y jarrones de yedra que pintó Antón, a lo valenciano, hasta con barracas y la calle quedó materialmente cubierta de cadenas de papel. Hubo zurra en todas las casas. Limonada dicen en la Corte y la gente fue con mantones de Manila, como es de rigor en los usos madrileños.

Dos orquestas alegraron la fiesta, una en casa de Simón y otra en casa de Diego Vaquero. No faltaron los churros calientes y la animación fue tanta que durante tres días se quedó desierta la calle Castelar por irse la gente a la verbena.

Se eligió la Miss Canalejas, que lo fue una nieta de D. Enrique el médico, hija de Amparo y de Emilio el de Ceferino, quedando todo el mundo encantado y con ganas de repetir, pero no se hizo y de aquella iniciativa solo queda este retrato y la melancolía de sus organizadoras que, después de ver marchar a sus maridos, tendrán en este recuerdo un motivo más para añorar la vida pasada. Y la añoranza conforta, alivia y hasta rejuvenece.

## La primera verbena que Dios envía...

